

PQ 7276

N7

1901

v. 2



## MARIA.

---

### I

Voy á contarte, querida hermana mía, una historia pasada en nuestros días, y aunque en ella no encontrarás los atractivos que tienen para la imaginación de una joven las romancescas de los tiempos caballescicos, por la verdad que encierra y por el interés que inspira la desgracia, espero que su lectura te será agradable.

En el año de 1,835, á principios del mes de Abril, caminando por las inmediaciones de la ciudad pintoresca de Morelia, cerca de la noche, percibí á lo lejos á un joven sentado sobre el tronco caído de una encina; tenía aquel la cabeza apoyada sobre su mano y el codo sobre su rodilla; su acti-

tud metitabunda, las penetrantes miradas que de cuando en cuando dirigía con una interesante expresión hacia una casa, al parecer deshabitada, me llamaron la atención; de modo que aproximándome más quise examinar sus facciones, y me sorprendí al ver en él al amigo de mi infancia, á Fernando Castaños, que tú conociste también, si mal no me acuerdo; y habiéndole dirigido la palabra, se levantó todo turbado como quien despierta de un pesado sueño y examina los objetos que le rodean con la ansiedad é indecisión que en tales ocasiones se experimenta; mas como después le hablé por su nombre, reconociéndome en el acto, se arrojó en mis brazos, preguntándome por qué feliz acontecimiento nos hallábamos juntos: yo le contesté en breves razones el objeto de mis viajes por aquellos contornos, preguntándole en seguida, cuál era el que lo tenía allí tan solitario y meditabundo; á lo que me contestó:—Es una historia, amigo mío; y aunque yo te quisiera poner al alcance de ella, no podría hacerlo en pocas palabras, y tal vez en este momento tampoco coordinar mis ideas: suspende por esta noche tu marcha y vente conmigo á la vecina ciudad, en donde proporcionándote un techo, bajo el cual puedas librarte de la intemperie, y una cama en que dormir, podré satisfacer á tus preguntas, al mismo tiempo que contarte mis infortu-

nios, depositándolos en el seno de la amistad. Así lo verificamos, y antes de media hora nos hallamos en Morelia y en casa.

La habitación en que entramos era una estancia ricamente amueblada; aunque sin aliño ninguno, se conocía que su dueño la había descuidado por mucho tiempo: luego que llegamos procuró que se nos sirviera una especie de merienda bastante abundante; y después de haber tenido durante algún tiempo una conversación de los recuerdos de nuestra niñez, nos separamos de la mesa, y en un corredor que caía á un hermoso jardín, iluminado por los primeros rayos de la luna, comenzó mi buen amigo su relación de esta manera.

## II

“A pocas leguas de esta ciudad, hacia el Occidente, hay una hacienda llamada Z.\*\*, en la que yo viví; era la primera época de mi juventud: en un valle circundado de verdura y de flores se deslizaba mi existencia tranquila, no obstante que algunas veces se reproducían en mi mente mil memorias, ya tristes, ya halagüeñas; pero que unas y otras dejaban tras sí una profunda sensación en mi alma, porque el recuerdo de lo pasado, por feliz que sea, siempre destila amarguras. Mil arroyos, mil bosques espesísimos se ha-

llaban en las cercanías de mi morada. Unas veces oprimiendo los lomos de mi caballo recorría las llanuras espaciosas; otras acompañado de mis perros de caza y con escopeta en mano, me perdía entre los lejanos montes, persiguiendo al águila salvaje ó al ligero ciervo; y cuando me agobiaba la fatiga me retiraba á mi albergue. En tal hacienda encontraba siempre ocupaciones que, en vez de serme enojosas, cooperaban en parte á mi felicidad. Los mejores poetas eran las principales obras de mi biblioteca; con ellos simpatizaba mi corazón, mi mente se dilataba, y en aquellas fuentes inagotables de sensaciones bebía yo la vida. Entre mis libros se hallaba una novela filosófica escrita por el célebre Deliler de Sale, llamada la "Eponina, ó la Felicidad," donde los cuadros más acabados, las descripciones más animadas, los sentimientos más delicados se encontraban á cada paso. Esta obra la leía yo con frecuencia, porque era de todo mi gusto, y hasta hoy conservo en la memoria casi todo su contenido. El recuerdo de un amor desgraciado me desvelaba frecuentemente, y como en el curso de esta novela encontraba sucesos análogos á mis circunstancias, simpatizaba con aquel que había tenido la dicha de dar tanto interés á los héroes de su obra, porque cuando el hombre que escribe estampa sus sentimientos sobre el papel, con la sencillez

que inspira un corazón puro, es imposible que deje de simpatizar con los demás hombres.

Con poca diferencia así pasaba yo mis días, y no obstante que una naturaleza vigorosa me circundaba, que una libertad sin límites era el dote de mi aislamiento, padecía raptos de una tristeza que á veces degeneraba en hastío, mi alma de joven se resentía de la soledad, en ella encontraba un vacío, y á pesar de mil esfuerzos, mi carácter antes festivo se iba viciando violentamente.

Una mañana, al salir de la misa dominical, en el cementerio de una iglesia situada en una población vecina, arrebató toda mi atención la presencia de una joven estremadamente hermosa, que alejándose de la multitud caminaba con precipitación del templo á su casa. Yo no podré explicar lo que sentí al mirarla; en aquellos sitios tan pintoresco, el encuentro con una mujer tan bella, podía mi corazón interpretarlo como un sueño fantástico que me revelaba una dicha desconocida; y de ahí provino que en mi arrobamiento la considerara como una de aquellas deidades fabulosas de la antigüedad que se ofrecían á la vista de algún viajero extraviado, ó de algún bardo. Mis ojos no se apartaron de ella; iba yo á seguirla, pero á medida que se alejaba, un respeto ó un temor de desagradarla ataba

mis pasos, y cuando por fin me resolví á hacerlo fué en vano; entre las arboledas y encrucijadas de un camino tortuoso se había perdido.

Desde aquel mismo momento mis pensamientos fueron otros, y mi existencia cambió enteramente; las emociones apasionadas que por ella experimenté fueron tan profundas, que á pesar de mil esfuerzos, constantemente la tenía en la memoria; todo mi anhelo era saber quién era, dónde vivía, por qué acontecimientos había venido á encantar con su presencia aquellos sitios apartados, y no osando preguntar á nadie ninguna cosa que á ella concerniera, por temor de que al hacerlo se traslucieran en mi fisonomía, y acaso en mis palabras, los sentimientos que me había inspirado, devoraba en silencio todo el veneno de una pasión sin esperanza. Mi imaginación me la representaba de mil maneras; unas veces en una casa sencilla, mimada de sus hermanos y al lado de sus padres, y entonces una esperanza lisongera me prometía la dicha de poseerla; otras veces en medio de la noche, después de una vigilia penosa, cuando el peso del sueño comenzaba á cerrar mis ojos, la veía ostentando ricas vestiduras, tocada con perlas y brillantes como una reina, en un salón opulento, ornado de cortinajes espléndidos, rodeada de espejos, reclinada sobre mullido cojín de

un "divan," escuchando con enagemento las apasionadas palabras de un gallardo joven, y entonces por un impulso de frenesí, saltaba de mi lecho arrojando llamas por los ojos; en el furor de mi rabia vengativa buscaba en vano al objeto de mis iras.

Este estado se hacía demasiado penoso, y á pesar de haber pasado algunos días desde aquel en que la conocí, la tenía tan presente como el primero.

### III

Una tarde en que el sol, pronto á ocultarse tras la muralla de roca de las cordilleras de montañas que circundan aquellos sitios, anunciaba con sus últimos rayos amarillentos la venida de la noche, caminaba yo sobre mi fiel caballo, compañero de mis fatigas, por las calles de fresnos y de sauces de la pequeña población en la cual ví hacía algún tiempo á la dueña de mi alma, pues por un instinto natural, había hecho una costumbre de frecuentar aquellos sitios, y mientras yo me perdía en el mar inmenso de mis ilusiones y mi fiel caballo masticaba algunas yerbecitas que recogía al paso, el agudo silbido de un ganadero hirió mis oídos, y levantando la cabeza divisé á lo lejos unas hermosas vacas que di-

rigían sus tardos pasos hacia una casa pequeña, que consideré sería su rancho. El aspecto bello y modesto de aquella morada rústica hirió mi atención, y la tranquilidad que al parecer reinaba en ella, me invitó á tomar allí descanso, para regresar á mi casa. Piqué á mi caballo y en menos de diez minutos me encontré en la ranchería á que pertenecía el ganado y llamé á la puerta; como la noche se avanzaba, á pesar de estar ésta toda abierta, no viendo nada de lo que dentro de la habitación se hallaba y no recibiendo respuesta, volví á llamar con más fuerza. De pronto se me presentó una joven que á primera vista no conocí, preguntóme cuál era el objeto de mi llegada, levantando la cara algo temerosa y volviendo á clavar los ojos en tierra. Cuál fué mi sorpresa al reconocer en ella á la beldad apacible y encantadora por quien tanto había suspirado, á la joven que me fué suficiente verla una sola vez, para ser desde aquel punto su más tierno adorador; no le respondí palabra, descendiendo de mi caballo con la velocidad del viento, me arrojé á sus pies; aquella acción le fué tan extraña, que dando dos pasos atrás se introdujo en lo interior de su aposento, y yo conociendo mi imprudencia le pedí que perdona-se, suplicándole con las palabras más humildes que me escuchara un sólo momento. Calmada por mis palabras volvió á sa-

lir á la puerta, sus ojos estaban llenos de lágrimas, lo que me afligió sobremanera, pues ignorando la verdadera causa de ellas, las interpreté como el resultado de mi imprudencia, mas su sorpresa volvió á renovarse cuando le declaré con palabras llenas de pasión que la adoraba, que hacía tiempo no pensaba más que en ella, y que de su respuesta pendía mi desgracia ó mi felicidad, mi vida ó mi muerte: al oír una declaración tan inoportuna quiso separarse á alguna distancia de mi persona, pero tamándola de la mano, le dije: hermosa joven, aunque soy á vd. enteramente desconocido, espero que no me hará la injuria de creerme un hombre capaz de abusar de su inocencia; siendo más bien el que daría su vida por ampararla si le fuere necesario, y que preferiría el martirio más espantoso al pesar de caer en su desagrado arrancándole por la fuerza una sola caricia. No sé si por el contenido de mis palabras, ó por la expresión de verdad que viera en mi fisonomía, conseguí inspirarle alguna confianza, y como redoblaba mis instancias por obtener alguna respuesta, me pidió que le permitiera ausentarse un momento; así lo ejecutó, entrando á otra pieza y volviendo después con una luz en la mano, pues la oscuridad de la noche era casi completa, y haciéndome entrar hasta un ángulo de su estancia suspendió su marcha, y extendien-

do su mano silenciosa me señaló sobre una mesa el cadáver de una mujer, llenos los ojos de lágrimas después prorrumpió con un acento penetrante: "Este cadáver que ve vd., es el de la que fué mi madre, que murió esta mañana; fácilmente conocerá que hoy la pobre huérfana sólo tiene corazón para sentirla y palabras para lamentar su pérdida; por lo demás, caballero, yo agradezco á vd. los sentimientos que me ha manifestado, á los que, como he dicho, no puedo responder, pues hoy, dar oídos á sus palabras sería profanar los restos de la que habiéndome dado el ser, me meció en sus brazos y me alimentó con la leche de sus pechos."

Conmovidó por el miserable estado de aquella interesante joven, permanecí un momento en silencio, y después de haber procurado calmar de algún modo sus profundos pesares con las palabras más expresivas de consuelo, le supliqué que aunque no fuera como amante, sino como amigo ó como humilde siervo, me permitiera acompañarla aquella noche, y en lo sucesivo gozar algunas horas de su presencia. A lo que me contestó: Aunque hoy ha sido la primera vez que he hablado con vd., por sus palabras conozco que es acreedor á mi consideración, las puertas de esta pobre casa, siempre estarán abiertas á las personas que guardando los deberes de la amistad, sepan

respetar la desgracia de una mujer, mas por ahora, y mientras los restos de mi madre estén aquí, suplico á vd. encarecidamente no interrumpa con su presencia el llanto que le debo tributar.

Las últimas palabras que me dirigió no me permitían detenerme más tiempo, y solamente le pregunté por último cuál era su nombre diciéndole en seguida el mío, á lo que me respondió: "María."

Separándome al instante de aquel sitio, monté á caballo y me dirigí á la hacienda Z\*\*\* como infatuado con los acontecimientos pasados, lleno de las ilusiones más dulces, y al mismo tiempo poseído de tristeza por la situación de María: era un verdadero contraste.

Cuando llegué al fin de mi jornada, una inquietud mayor me asaltó. La consideración de que María en aquel momento era el blanco del más crudo dolor, que la vista de los restos inanimados de su madre ocasionaría en su alma los martirios más horribles, y que sola en aquella situación, acaso la más amarga de su vida, buscaría en vano un ser que se interesara en sus pesares, cambió de todo punto mis pensamientos y volviendo á montar á caballo, me dirigí otra vez á su casa, avergonzado por haberla abandonado un sólo instante. Pero, ¿cómo contrariar sus deseos? me decía yo á mí mismo. ¿Cómo volver á su

presencia, habiéndome exigido dos horas antes que me ausentara de su vista? ¡Horrible alternativa! Etre abandonarla á su miserable estado, ó tal vez provocar su indignación, contrariando de una manera tan expresa su voluntad, sólo un medio podía haber en este caso, y fué el que sin vacilar adopté; en derredor de la casa que habitaba, crecen árboles pomposos, tras de los cuales, á muy corta distancia, puede un hombre ocultarse sin temor de ser descubierto; efectivamente así lo verifiqué. La puerta de la estancia de Maria estaba abierta, por lo que, tomando una dirección oblicua, aunque á algún trecho, pude percibirla. Permanecía aquella interesante huérfana con una luz en la mano al pie del cadáver de su madre, sus ayes doloridos resonaban en el silencio de la soledad con un acento incapaz de definirse; toda la noche permaneció en la misma actitud hasta el amanecer, que la ví separarse de aquel punto y salir á la puerta de su morada, como para respirar una atmósfera más pura. Estaba pálida, más demudada qu el día anterior, pero á parecer más serena; serenidad aparente, que más bien es el resultado del abatimiento, que de la calma. Entonces me retiré de aquellos contornos.

## IV

En aquel mismo día fué el entierro del cadáver de su madre, y al siguiente me presenté á la recién huérfana, á la interesante Maria, y desde entonces visitándola con mucha continuación, días enteros pasaba á su lado, y á pesar de que mis labios no se atrevieron en algún tiempo á pronunciar una sola palabra de amor, respetando sus recientes pesares, por mis acciones, por mis miradas, y más que todo por el deseo que manifestaba en agradecerla, creo que conocería fácilmente el estado de mi corazón. Efectivamente, yo la amaba con un sentimiento religioso, con una adoración inocente, con un ardor inextinguible; sus miradas me hacían temblar, hacían hervir toda mi sangre, y al tocar su mano, yo no sé lo que sentía; un mar de delicias miraba en su seno, un volcán inflamado abrasaba mi corazón; era preciso algunas veces alejarse de su presencia para no morir.

Una noche, cuando la luna comenzaba á levantarse con su disco de fuego por sobre las argentadas nubes que circundaban el horizonte, nos sentamos ambos al pie de uno de los fresnos que rodeaban su morada para respirar el aliento embalsamado de la noche. Las estrellas, destellando sus fulgo-

res vacilantes, lucían en los cielos, á manera de un pequeño reverbero de cristal movido por el viento; los céfiros susurraban blandamente, templando con su dulce frescura el ardor sofocante que se experimenta en los meses de Abril y Mayo. No interrumpiendo el silencio de la soledad más que el sordo ruido de una cascada que se precipitaba á lo lejos, hacia el Oriente, parecía que la naturaleza exhalaba por todas partes un gérmen de bienandanza; María descansando su cabeza sobre uno de mis hombros, estaba como poseída de un pensamiento único: yo la contemplaba con un sentimiento de amor y de respeto, con sus negras vestiduras, contrastando con la blancura de su tez de marfil bruñido, iluminada por los rayos horizontales de la luna, con sus negros ojos de azabache, á que daban una ligera sombra las largas pestañas que de sus párpados pendían, con sus labios sonrosados, que ligeramente entreabiertos dejaban ver dos hileras de dientes del color de la concha blanca; estaba más hermosa que las fantásticas vírgenes que en nuestro sueño vemos que levantándose lentamente con las nubes desde la tierra hasta los cielos, se pierden á nuestra fascinada vista, como huyendo de una humanidad maléfica.

Repentinamente un suspiro mal reprimido, salió del agitado seno de mi querida,

y bajando yo la vista para contemplar sus facciones, ví que las lágrimas humedecían sus hermosísimos ojos. ¡María! la dije, padece cuando yo la creía dichosa á mi lado; cuando todo el deleite de los cielos pensé que se derramaba en un momento sobre nuestro ser; cuando solos, sin más testigos de nuestra ventura que el Dios que nos ha criado, deberíamos ser la envidia del universo: ahora comprendo que fué un delirio tanta gloria. Sí, María, ahora comprendo que á las palpitaciones de mi corazón mal corresponden sus sentimientos; vd. llora acaso mis mismas desgracias. Vd. me mira con los ojos de la compasión, no del amor; pero ya que no he tenido la dicha de inspirároslo, por piedad calle vd., no me lo diga. Un rato de silencio sucedió á mis palabras: después un torrente de lágrimas bañó las mejillas de María: iba á hablar; pero los sollozos ahogaron sus acentos. Mi ansiedad era indescriptible, y mi fisonomía creo que en aquel instante expresaba de un modo terrible los sentimientos de mi alma; una convulsión interior se apoderó de mi amada, y con palabras entrecortadas comenzó á hablar de esta manera.



## V

Aunque á ambos será igualmente funesto el que yo hable á vd. con la sinceridad que acaso no debo, no puedo menos de hacerlo, porque algunas veces nos es imposible ocultar nuestros sentimientos. Cuando conocí á vd. fué en el cementerio de la iglesia de . . . . al salir de misa, y desde entonces más de una vez su imagen se reprodujo en mi memoria. Después acaeció la muerte de mi madre, y en los momentos en que estaba yo poseída del dolor más vivo por su pérdida, vino vd. á disputarle con su presencia una parte de mi alma; y desde entonces puedo decir, que habiendo sido común nuestra vida, pues casi no nos hemos separado un sólo día, se han hecho comunes nuestros afectos; amo á vd., Fernando, con un sentimiento desconocido para mí hasta el instante en que tuve la dicha, ó no sé si la desgracia, de verlo. Al oír estas palabras, por un arrebato de entusiasmo me arrojé á sus pies, y tomándola de la mano iba á prorrumpir en las expresiones más ardientes de júbilo; pero viendo ella mi enagenamiento me pidió que no la interrumpiese, y prosiguió su narración con un acento á la par que apasionado, dolorido: como dije, la dicha, ó tal vez la desgracia de co-

nocerlo, porque aunque mi corazón sólo pertenece y ha pertenecido tan sólo á vd., jamás podré lisongearme de ser su esposa: Fernando, espero que quien ha tenido sufrimiento para callar su pasión por algún tiempo á la persona que ha amado, por respeto á la memoria de la que le dió el ser, tendrá la suficiente discreción para respetar un misterio por el que procura conservar alguna felicidad, y no teniendo la imprudencia de comprometerme de ninguna manera á revelarle un secreto que ocasionaría desgracias inevitables.

Yo no podía conformarme con esta respuesta; el misterio que en volvían sus últimas palabras, unido á la convicción que tenía de que me amaba, causaron, como debía esperarse, un efecto extraordinario, y si he de decir verdad, desde aquel punto me interesé más vivamente por ella; y como era inevitable, en vez de respetar, como ella decía, un misterio que me robaba toda mi felicidad, procuré por mil medios investigar de ella misma aquella noche, lo que con una obstinación tan grande me ocultaba; pero todo fué en vano.

En los siguientes días la visité con demasiada frecuencia; siempre la encontraba tan triste, que no podía menos de preguntarle cuál era el motivo que ocasionaba aquella melancolía; ella procurando disimular, pretextaba alguna indisposición en

su salud; pero yo bien conocía que un motivo mayor causaba su abatimiento; aquel secreto que guardaba dentro de su pecho, siempre venía á perderme en inmensas conjeturas, y el procurar arrancárselo era sólo el objeto que me ocupaba y al cual dirigía yo todos mis conatos.

El más duro abatimiento se hizo habitual en aquella desgraciada mujer, hasta el caso de ponerla en pocos días tan demudada y enfermiza, que llegué á temer por su vida. Yo no podía dudar de su amor, pues sólo á mi lado parecía algunas veces más reanimada; escuchaba mis palabras con un deleite inexplicable, y mis acciones más indiferentes la exaltaban de una manera visible. A veces, en el raptó fugaz de una alegría pasajera, me tomaba la mano, me veía como reclamando mi compasión, iba á hablar; pero se alejaba precipitada, y yo oía en vez de sus palabras, sus sollozos lastimeros. . . . .

## VI

Una tarde al llegar á la casa de María, escuché que con acento sentidísimo y compañada del harpa, cantaba la letra que te relataré, porque la tengo grabada en la memoria, la que pude escuchar desde la arboleda que circundaba su habitación, no que-

riendo interrumpirla con mi presencia; decía así:

Más dulce que el aura,  
Que va susurrando,  
Tu acento, Fernando,  
Calmó mi dolor:

Mas ¡ay! cuando pienso  
Que en vano te adoro,  
Se agolpa mi lloro,  
Y espiro de amor.

Feliz si te miro,  
Se ahuyenta mi duelo,  
Porque eres mi cielo,  
Mi encanto, mi dios:

Mas ¡ay! un terrible  
Destino arrebatá  
Mi dicha, y me mata,  
Y espiro de amor.

Delirios que mi alma  
Suducen amantes,  
¡Ah! ¿por qué constantes  
No sois por favor?

¿Por qué cuando en brazos  
Estoy de mi dueño,  
Despierto del sueño  
Llorando de amor?

Amando, y amada.  
¡Ay! triste suspiro,  
Do quiera que miro  
Me causa pavor.

Opongo impotente

De amor al imperio,  
Un negro misterio,  
Y espiro de amor.

Calló por fin mi encantadora María, y en seguida me presenté á ella. Estaba reclinada sobre el brazo del harpa, en un ademán pensativo; yo la saqué de su meditación, diciéndola: querida María, cuántas con la dulzura de los ángeles, y eres amante y pura como una paloma; la tristeza de tu alma se percibe en las modulaciones de tu voz; ciertamente que los acentos dulcísimos de tu garganta son fieles intérpretes de los afectos de tu corazón; pero á pesar de que al escucharlos he tenido el placer de admirar las gracias de que la naturaleza te ha colmado, el sentido amarguísimo de tus palabras me ha hundido en un mar de dolores. Ella me miró con un ademán de tristeza, y me rogó que no habláramos de aquel asunto, porque al hacerlo padecería considerablemente; yo obedecí.

A poco rato, como era ya entrada la noche, me despedí de María, ella me salió á dejar, como de costumbre, hasta el patio de la casa, monté á caballo, y ya para partir tomé su mano y la estreché contra mis labios.

No habría yo avanzado ni veinte varas, cuando una voz áspera me llamó por mi nombre, y fijando la vista en un bulto que

se me aproximaba, pude percibir á un hombre bien montado, y que con una pistola en la mano venía sobre mí; paré mi caballo, y sacando otra lo esperé con sosiego; aquel hombre me disparó un tiro, pero la bala en vez de tocarme al cuerpo, pasó silbando sobre mi cabeza y entonces acercándome más á mi desconocido adversario, le grité con toda la fuerza de mis pulmones: "Caballero ó foragido, espero que me diga el motivo que lo induce á atacarme de una manera tan ciega."—¿Amaís á María? me dijo. Aquella pregunta me sorprendió extraordinariamente; pero volviendo en mí, le contesté:—Más que á mi vida.—Esa mujer me ha pertenecido, y quien quiera disputarme su posesión morirá á mis manos.—Al oír estas palabras, una ira semejante al frenesí se apoderó de todo mi ser, y viendo que él empuñaba una larga espada, tiré mi pistola al suelo y saqué la mía; un combate momentáneo sucedió á las palabras; después, alejándose un tanto mi adversario, me gritó con voz de trueno: Otra vez nos veremos, y partió á todo escape; yo me quedé perplejo, sin saber qué pensar de aquella aventura; un movimiento de celos me sacó de mi estupor, y volviéndome á la casa de María, empujé la puerta y me dirigí hasta su estancia; ella se asustó extremadamente al verme llegar tan repentinamente, y aún con la espada en mano, cuya punta estaba ensangrentada.